REFLEXIÓN SOBRE EL ACENTO TÓNICO

Antonio Hermosilla

Murcia, España

Como en cualquier otra lengua se producen en español dudas sobre ortografía o pronunciación, entre otras. Las de la presente reflexión se refieren al uso - o quizá abuso - del acento diacrítico en el español contemporáneo; obviamente no al acento que permite distinguir entre *el* y *él*, *te* y *té* o *mas* y *más*, o por ejemplo entre determinadas personas de tiempos de verbo, sino al que indiscriminadamente penetra y se instala, hoy con más facilidad que nunca gracias a o por culpa de unos medios de comunicación que, al albur de las modas o de la inspiración del locutor de turno, parecen poseer licencia para crear y alterar vocablos. Es posible que esta reflexión resulte controvertible desde la perspectiva del profesor de ELE especialmente si, con enfoque meramente sincrónico, no se cuestionan anomalías acentuales ya fijadas o en gestación, como las que aquí se abordan.

Este fenómeno no es de ahora ni producto exclusivo del imperio de una comunicación masiva. En tiempos no muy lejanos, "decididores" bienintencionados en materia de lengua, instauraron términos de acentuación discutible, amparándose unas veces en la etimología y otras en cultos y doctos argumentos no por ello exentos de arbitrariedad. Y ahí permanecen, seguramente con tanta tenacidad como la que hoy muestran algunos de los neologismos difundidos por periódicos y emisoras de radio-televisión.

Ambrosio Rabanales en su estudio *La corrección idiomática en el "Esbozo de una nueva gramática de la lengua española"* (La lengua española hoy – Coordinación de Manuel Seco y Gregorio Salvador – Fundación Juan March, p. 260, 3.1) recoge así los criterios académicos de corrección que "en el capítulo que en la obra (*El esbozo...*) se dedica a la ortografía ... son 1) la etimología, 2) el uso tradicional, 3) la pronunciación y 4) el propósito de evitar la ambigüedad; separados o combinados"; y agrega: "Por cierto que la aplicación de cuatro criterios diferentes a un mismo hecho no puede dar como resultado una ortografía coherente y racional". Refiriéndose a otras áreas del lenguaje, a

ACTAS XLIII (AEPE). Antonio HERMOSILLA. Reflexiones sobre el acento tónico en español
Centro Virtual Cervantes

esos criterios añade otros como "el uso idiomático culto de la clase social dominante, la lengua literaria culta, el uso general moderno, la casticidad, lo estético o estilístico, la necesidad y el sentimiento lingüístico" (Ibid. p. 261). Respecto al tema que nos ocupa, destaca en el punto **3.1.3.**: "la tilde, cuando no es diacrítica, señala los casos contrarios a nuestra propensión acentual". Ello no es anodino pues aclara por qué al pronunciar ciertas palabras de acento inhabitual, el hablante hispano común intuye una colisión con los hábitos de su oído. En ocasiones se produce en España un fenómeno inverso cuando se escucha un programa o se sigue una película hispanoamericana En efecto, al margen de palabras, expresiones o entonaciones propias del país de origen, se captan palabras de acentuación más afín con nuestro oído y que nos suena por tanto más "más normal" que la de aquí.

Ya en el s. XVI Nebrija en su *Gramática de la Lengua Castellana*, consigna la existencia de "dos acentos simples", "uno, por el cual la sílaba se alça" y "otro por el cual la sílaba se baxa". Aún vigente en español, el acento prosódico o de intensidad se ajusta a aquel sencillo enunciado. Las palabras **agudas** se acentúan en la última sílaba, las **llanas** o **graves** en la penúltima. Las que no responden a esas dos reglas llevan el acento gráfico (o tilde) escrito; son **esdrújulas** si llevan ese acento en la antepenúltima sílaba o **sobresdrújulas** si es en alguna anterior a la antepenúltima. Salvando tecnicismos, no las llamaremos, por ese mismo orden, *oxítonas*, *paroxítonas*, *proparoxítonas* y *superproparoxítonas*.

Descartado aquí el vocabulario nuevo que sin cesar irrumpe en la lengua, a veces atildado - nunca mejor dicho - con acentuación fluctuante e incierta (vocabulario que obviamente requeriría un enfoque distinto y de mayor entidad), nos limitaremos al hecho de la acentuación artificial. En el muestreo que sigue - sin duda arbitrario - recopilamos una serie de palabras, alguna tal vez acentuada al amparo de esos "criterios de corrección" mencionados por A. Rabanales. Lo iniciamos con una primera relación de términos cultos, de nombres propios y comunes, doctamente acuñados en su día, que ostentan carta de naturaleza y han persistido hasta hoy con su tildación originaria; lo que demuestra la longevidad de las acentuaciones impuestas. Acentuaciones sobre las que, dubitativamente, uno puede preguntarse si eran indispensables o si por el contrario una pronunciación más mono tona (que no monótona) o monocorde si se prefiere – es decir lisa, llana y más próxima a las dos reglas citadas – no habría resultado en numerosos casos más asimilable para el oído común.

1. Son infinidad los nombres de autores, divinidades o héroes de la Antigüedad, que reclamándose de la etimología, son sometidos a una modulación no pocas veces forzada: *Aristóteles* (en otras lenguas simplemente *Aristote* o *Aristotle,* sin más acento que el que conlleva su prosodia habitual), *Anaxímenes de Mileto, Éuclides*, *Helióstato, Heráclito, Heródoto*, *Praxíteles*, *Sófocles*; *Árcade*, *Héleno*, gemelo de Casandra, *Cástor*, *Pólux*, *Ródope* la prostituta (< del gr. *Rodopis*), *Tánato*, hijo de *Érebo* (también *Erebo*), *Áyax,*

ACTAS XLIII (AEPE). Antonio HERMOSILLA. Reflexiones sobre el acento tónico en español
Centro Virtual Cervantes

hijo de *Éaco* (no el *Ajax* del equipo de fútbol, aunque se trate del mismo personaje); *Éufrates* cuando tenemos términos formados con *"eu"*, como Europa..., sin acento alguno. *Cuadrigas* ya perdió su acento inicial de antaño; *Ibero* convive con *Íbero*. Más cercano, el *tagalo* de Filipinas se libró felizmente del acento que alguno intentó en su día colocarle en la primera sílaba.

Sobre nombres propios y topónimos extranjeros, la RAE en su *Ortografía de la lengua española* (p. 53), señala que "No se utilizará ningún acento que no exista en el idioma al que pertenecen". Sin embargo sorprende a diario tanto en la noticia escrita como en la hablada, la aplicación de acentos que a menudo son - o han sido - mera opción del locutor o del periódico y que en cualquier caso, como ocurre en otras lenguas, nada obliga a acentuar: Yúshenko, Krúshenko, Mijaíl, Kasiánov, Gaspárov, Chéjov, Ýgor Létov, Medvédev y hasta Nóbel, que con parsimonia se va desprendiendo del acento; Chérnobil, Mósul, Kósovo, Móstar, Prístina y hasta Dákar, Máli, o...Búcarest (!), mientras persisten, aunque con alguna intrusión más o menos tímida, Bósforo, Cárpatos, Mármara o Rumanía, *Romania* para los rumanos.

En el acontecer contemporáneo "Ayatolá/s" - aunque "Alá" ande de por medio - convive con "Ayatola/s"; lo propio ocurre con *aligátor/es* con neta preferencia por el no acentuado; o *várice* que cohabita con variz; *kárate*, *páprika*, *cánnabis*, *Milan,* a lo sumo Milán, aunque *Milano* también es español; nombres propios y comunes que otras lenguas incorporan y pronuncian como los escriben y los leen.

En lo deportivo se habla del *pìvot*, que procede del francés *pivot* y podría sencillamente quedar en *pivote*, que ya tiene su reciente verbo "pivotar". En cambio llamamos *Canson* un tipo de papel que en Francia pronuncian "Cansón", al igual que buen número de topónimos y nombres propios de los dos países vecinos: *A*larcón, "*Alençon*", Arlanzón, "*Besançon*". Se acentúan nombres de sociedades o empresas como "*Sándoz*" o "*Síntel*", o de materia, como *fórmica,* que ya opta claramente por formica, cuando se trata sencillamente de palabras agudas. Y mientras pasan del inglés al español sin la "g" final: *campin*, *castin, esmoquin, parkin,* entre otros, parece que un cierto esnobismo se aferra a *"márketing"*.

Se dice *ómnibus* y en cambio autobús, trolebús, microbús... Sigue hablándose de *cártel* (de Medellín), cuando cartel es tan español como su homónimo atribuido en este caso al alemán, o *Rácor* en vez de **racor**, que es como va acentuado el francés *raccord*, del que procede, a imagen de tantas palabras en *"or"* del español (babor, labor, sabor, valor...); también *Eliseo*, el nombre, y *Elíseos*, los Campos, *Euríbor*, *Píxel, acúfeno*, ese silbido del oído, o incluso *púlsar/es*, *quásar/*es (por qué no *cuasar*), o *áloe,* o el indeciso brécol, brócoli (**brocoli,* * *brúcoli*, **brúcol*,...), tan indeciso como el árbol y el fruto antillanos *guanábano* y *guanábana*, o, con un acento bailante, *guánaba;* hasta *Sahara* que también persiste como *Sáhara.*

ACTAS XLIII (AEPE). Antonio HERMOSILLA. Reflexiones sobre el acento tónico en español
Centro Virtual Cervantes

En personajes introducidos con el cómic, citemos a *Astérix* y *Obélix*, que en su país de origen llevan acento ortográfico sobre la "*e*" para diferenciarla de la "e" muda, pero que de acuerdo con la prosodia del francés van acentuados en la última sílaba: "Obélix", "Astérix". Aquí podríamos hacer un paralelo con el término *élite* trasladado en su día tal y como al español, palabra que ya muchos pronuncian sencillamente *elite*. Siempre en los personajes de ficción, "Pokémon", muy bien podría haber quedado en simple palabra aguda, como la mayoría de los vocablos en "*ón*" del español.

Destacaremos un término como ***pátina*** que latín en su origen, ha pasado al castellano por contagio del francés *patine*, < de *patin, patiner*. Sí, patinar, porque se "patina" el pan de oro con un "*patin*", o sea una suerte de muñequilla o "*tampon*", pero también...sobre el hielo. Qué llano y sencillo resulta decir "la patina del tiempo"; como *osmosis* en vez de ósmosis, al igual que fimosis. No nos extenderemos sobre la nomenclatura técnica - la médica entre otras - tan repleta de acentos superfluos, alguno por cierto camino de rectificación. También **habitat** en vez de *hábitat* (más relacionable con habitación que con hábito) con terminación aguda tan habitual por lo demás en catalán: "ciutat", "Generalitat"... Pululan los términos gramaticales acentuados por doquier como *hipérbaton*, con plural irregular (hiperbatones, pues "hiperbátones" o "hipérbatos" chirrían al oído); lo mismo que *memorándum* se inclina por memorando/s por resultar "estructura insólita y desapacible para el oído español" (Op. cit. p. 263-264); también lo resultan *perífrasis* y *paráfrasis*, que sencillamente son una "perifrase" y una "parafrase", que además cuentan con verbo propio. Como podría ocurrir, entre otros muchos, con *"inedito"*, a imagen y semejanza de "expedito" o "inaudito". A su vez escribimos y decimos "epíteto", pero epifonema, epicentro...

No estaría de más prestar un oído a algunas formas de simplificación acentual de nuestros hermanos de lengua hispanoamericanos, que suenan "más normales". Un ejemplo sólo: ***video,*** y no vídeo; a semejanza de trineo, poleo o... zapeo, por "zapping". Así va naturalmente incorporado *video* a la larga teoría de términos compuestos como *videoclub, videocasete, videoclip, videoconferencia*... Se ha dado en alguna ocasión la extraña doble acentuación de "*vídeo-cámara*". En tiempos se oía y se sigue oyendo y leyendo a veces: *alvéolo*, *"beréber"*, cuando los bereberes dicen "*berber*", "*cántigas*", "*cónsola*", *dínamo, exégeta*, "*hectólitro*", *ínterin,* única acentuada de esta familia frente a interinidad o interinato; *omóplato*", *"Pándora"*, "*pentágrama*". Unas veces por confusión y otras porque pervive la pugna con el "suplente" sin acento. En cambio un término que entraña impulso, pulsión, pasión, como "libido", no acaba de fijar su acentuación, aunque su uso se va extendiendo: *líbido,* sí, ***líbido***, a despecho del diccionario y en consonancia con un cierto sentir popular; con acento sobre la "i", para que suene mejor, como dirían los castizos.

2. **Siglas y acrónimos.** Una anomalía, salvo en casos de malsonancia o posible confusión, consiste en acentuar impropiamente los acrónimos, esas

Centro Virtual Cervantes

siglas que se incorporan a la lengua como palabras nuevas usuales, procedentes las más de las veces de las letras iniciales de significado a menudo olvidado del inglés: radar (*Radio Detection and Ranking*), sonar (*Sound Navigation Ranging*), que algunos sustituyen por **rádar* y **sónar*; *Quásar*(*Quasi Stellar Radio Source*), que sencillamente podría quedar en "Quasar" o "Cuasar", por qué no; a las que se une el baile de acentuaciones exóticas provenientes de términos de la Informática. Es en cambio criticable que se acentúen arbitrariamente siglas del propio español: *Sàmur*, en vez de **Samur** (en cambio **Samu** resulta correcto), *Insalud* en vez de **Insalud**, cuando precisamente se trata del Instituto...de la Salud; o *Téneo,* ese Grupo que ha sustituido a aquel Instituto Nacional de Industria o INI, en vez de pronunciarlo simplemente "Teneo", como Ateneo.

Dice Francisco Marsá que "la deficiencia en la formación lingüística se retroalimenta. Como en las epidemias, los contagiados se convierten en contagiosos" y añade: "A uno se le ocurre inmediatamente la urgencia de organizar cursos de recuperación para oradores y profesionales en ejercicio, incluyendo entre estos últimos a los redactores de algunas disposiciones oficiales" (*La lengua española, hoy*, en el ensayo de este autor "La enseñanza del español en España", pp. 193 y 195).

Crear un vocablo - en algunos casos palabro - echando mano de una etimología erudita o adoptando la modulación de la lengua de la que procede, resulta un tanto delirante y puede conducir a una suerte de galimatías sonoro, a poco que se dé una sucesión de palabras acentuadas como algún grupo de las aquí apuntadas. Como dijera Andrés Bello "el español es demasiado importante para dejarlo en manos de los españoles" y por tanto el sentido común – acaso el sentir común – y de modo especial la "barrera" o filtro de contraste que afortunadamente constituyen los hablantes del vasto ámbito hispano tal vez permitan, aunque obviamente no siempre a gusto de todos, encauzar esas insidiosas y a menudo fantasistas acentuaciones. La diseminación geográfica y el número de hablantes de fuera de España, hace que el español admita, como no podía ser de otra manera, variantes en la acentuación; pero el imperio de un uso cabal mayoritario resulta sin duda propicio a la modificación de acentos insólitos. Sin embargo y aunque de alguna manera la tendencia, lenta y parsimoniosa, vaya en el sentido de la simplificación, es azaroso que sólo el tiempo decante unos acentos creados artificialmente. Una cosa es la versatilidad que permiten las combinaciones acentuales del español con su cómodo acento escrito y otra la introducción indiscriminada por "artesanos de la lengua" y medios de comunicación, de términos que a la postre perduran en el tiempo. Esas acentuaciones artificiales, consideradas cultas, aparte de contravenir al principio básico de economía del lenguaje, embadurnan la lectura y la pronunciación con palabras que en otras lenguas se someten *ipso facto* al sistema prosódico autóctono.

ACTAS XLIII (AEPE). Antonio HERMOSILLA. Reflexiones sobre el acento tónico en español
Centro Virtual Cervantes

En materia de acento cabría tal vez que esa "creatividad espontánea" se sometiera previamente al autocontrol de los locutores y *escribidores* públicos, pero que además y tras reflexión, fuera tamizada por especialistas y amantes de la lengua. Ello es habitual en ciertos países de nuestro entorno, más estrictos en el hablar público, en los que además del referido autocontrol del hablante/escribiente - que se juega su prestigio y hasta su cargo - y del asesoramiento de lingüistas, numerosos oyentes y lectores comunes, suelen interpelar puntualmente al escritor/locutor/emisor cuando creen detectar algún gazapo o una impropiedad lingüística. Con resultados palpables por cierto. Esta última forma de participación del público también se da en secciones especializadas de periódicos españoles, con una repercusión acaso limitada. Obviamente, a todo lo apuntado debería unirse en caso de dudas relevantes, un contacto fluido - hoy tan fácil con Internet - con la RAE y las demás Academias de la Lengua y con la Universidad, amén de la lectura obligada y la consulta por parte de los responsables de los Servicios de Redacción y Edición, de lo publicado por dichas Corporaciones, por sus miembros a título personal, y por filólogos y lingüistas. Recordemos a este propósito los textos de Fernando Lázaro Carreter publicados en periódicos de España y América bajo el título de *El dardo en la Palabra*, reunidos luego en un volumen.

Aunque aquí nos circunscribimos a neo-acentuaciones más que a neologismos propiamente, esa forma de actuar desde y con los medios de comunicación parece asequible tanto en uno como en otro supuesto. Conviene insistir en que no se trata de las acentuaciones sentidas como correctas y genuinas en un territorio aunque en otro no lo sean, sino de las impuestas por la moda, el esnobismo o la supuesta genialidad de algunos voceros y corifeos de la comunicación, que manejan con impunidad ese gran instrumento que es nuestra lengua común. A la hora de improvisar, nuestros reporteros, cronistas y demás enviados especiales, tienen la obligación moral e intelectual de no "gestar" ni "forzar" acentuaciones ajenas a nuestra pronunciación habitual, y la de limitarse a escribir, leer y decir las palabras, en particular los nombres propios y comunes foráneos, como llanamente sonarían escritos en español.

ACTAS XLIII (AEPE). Antonio HERMOSILLA. Reflexiones sobre el acento tónico en español
Centro Virtual Cervantes

PARTE V

Literatura, cine y cultura

Centro Virtual Cervantes